

▣ EL LENGUAJE DE NUESTRAS HOMILÍAS

Jesús sabía adaptarse al entender de la gente, por eso se acomodaba al lenguaje y conocimiento de sus destinatarios. De modo que para explicar la Buena Noticia del Evangelio empleaba parábolas, símiles que permitieran entender el reino de Dios que anunciaba. En el evangelio de este domingo encontramos dos ejemplos de estas parábolas: la parábola de la semilla –exclusiva del evangelio de Marcos– y la parábola del grano de mostaza.

Es importante que el sacerdote (o el diácono) siguiendo el ejemplo de Jesús sean conscientes del auditorio que tienen delante en sus homilías para emplear un lenguaje adecuado, ofrecer ejemplos o imágenes. Y así emplear los recursos pedagógicos necesarios para transmitir el mensaje evangélico de modo comprensible, atractivo, cercano, vivo. Podría ayudarnos al respecto leer o releer el número 157 de la Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, *Evangelii gaudium*, del papa Francisco.

▣ SANTOS DURANTE LA SEMANA

La liturgia conmemora a los mejores hijos e hijas de la Iglesia para ofrecer sus vidas como ejemplo a los fieles y mostrar cómo es posible hacer realidad en la propia vida el estilo de vida que Jesús propone. Los fieles que participan en la eucaristía dominical y no durante la semana se pierden esta riqueza que la liturgia nos ofrece. Es por ello que podría ser conveniente el domingo tener presente a los santos y santas que durante la semana han ocupado el calendario y nombrarlos en la plegaria eucarística o incluso recoger alguna idea de sus vidas en la homilía al hilo de las lecturas proclamadas. Esta semana ha habido dos santos a destacar: san Bernabé, discípulo de Pablo, que recibió el título de «apóstol» y san Antonio de Padua, que tiene gran veneración popular.

▣ LA SEMILLA QUE CRECE

En el evangelio ocupa el primer lugar la parábola de la semilla que crece sin que se sepa cómo. No es el trabajo del labrador, no es la calidad de la tierra... sino la fuerza interior que tiene la semilla la responsable de que esta germine.

Sabemos que esta semilla hace referencia a la vida divina que hemos recibido en el bautismo y que tiene su propia potencialidad para germinar y

dar fruto. Cristo vive dentro de nosotros, por tanto, debemos vivir como cristianos y cristianas, actuar poniendo en práctica el Evangelio. Pero sin olvidar que no está en nuestras fuerzas conseguirlo, sino en dejar que actúe Dios. El mérito es de Dios, no de nosotros, pues sin él «nada puede la fragilidad de nuestra naturaleza», por lo que necesitamos «siempre la ayuda de su gracia» (oración colecta).

▣ LA SEMILLA SE CONVIERTE EN UN ARBUSTO GRANDE

La segunda parábola viene preparada por primera lectura tomada del profeta Ezequiel, en la que simbólicamente se nos indica cómo Dios prefiere lo humilde y pequeño: el Señor «humilla a los árboles altos y ensalza a los árboles humildes», «seca los árboles lozanos y hace florecer los árboles secos».

Jesús comparará el reino con una semilla pequeña, la más pequeña. Pero que cuando crece se convierte en un gran arbusto en el que los pájaros pueden cobijarse y anidar en sus ramas.

Podríamos pensar que en nuestra sociedad actual la presencia de Dios es esa semilla ínfima que algún día germinará convirtiéndose en algo grandioso. Nuestras comunidades cristianas están llamadas a ser esos grandes arbustos que dan cobijo. Esto es, la comunidad cristiana debe estar dispuesta a acoger, escuchar, estar disponible, integrar... a todas las personas que habitan en el mundo. Siendo así un signo eficaz del reino.

▣ ACTUAR AGRADANDO AL SEÑOR

El buen cristiano desea agradar al Señor con su actuación (cf. segunda lectura), se esfuerza por vivir según los valores del reino. Por eso pedimos a Dios en la oración colecta que «al poner en práctica sus mandamientos, le agrademos con nuestros deseos y acciones».

Además, san Pablo nos recuerda en la segunda lectura que recibiremos premio o castigo según lo que hayamos hecho en la vida cuando comparezcamos ante el tribunal de Cristo. Es vital, por tanto, llevar una vida conforme al Evangelio.

Para conseguir este estilo de vida recibimos como alimento el propio cuerpo de Cristo en la comunión, que fortalece nuestros cuerpos y nos renueva sacramentalmente para que no nos falte la ayuda para el espíritu (cf. oración sobre las ofrendas). Y que así la fuerza divina nos impulse a hacer siempre el bien.

JOSÉ ANTONIO GOÑI